



Análisis de la novela *La Brecha* de Mercedes Valdivieso Incorporación y desincorporación del discurso patriarcal*

Elizabeth Vejarano Soto

*Hablando en voz alta se aturde el silencio.
Ha llegado la hora de escupir tantos
secretos: que se sonrojen las barbas de
los padres y se enciendan sus cabezas
colonizadas con sombreros de copa.*

Elveso

Resumen

En la novela “La Brecha” de Mercedes Valdivieso, la autora nos enfrenta a una mujer que va rompiendo el juego dual del discurso del afuera y el discurso del adentro, impuesto en la identidad de las mujeres. Esta emancipación femenina, que se consolida en los años sesenta del siglo XX, ¿alcanzará a romper las cadenas de los sentidos y comportamientos incorporados en la desigualdad genérica, que se manifiesta en los cuerpos de hombres y mujeres y en el orden social que se ha creado desde esa desigualdad? Para responder a esta pregunta, la novela “La Brecha” se analizará en tres momentos, a saber: la problematización del hábitus, la ruptura y el cautiverio perenne.

Palabras clave: Hábitus, lo incorporado, discurso, poder, feminismo, emancipación.

* Este texto fue presentado para la asignatura sobre *Literatura Femenina*, a cargo de la profesora Carmiña Navia Velasco, durante el segundo semestre del 2007, en el programa académico de la Maestría en Literatura Colombiana y Latinoamericana.

La protagonista de *La Brecha* vuelca hacia la sociedad el grito sereno de su feminidad autónoma y la hace valer desde la acción, después de vivir un primer momento de sumisión y entrega al marido, siempre con una rebeldía que la apuntaló finalmente en la emancipación. Ella trasluce su deseo hacia el exterior, hacia la sociedad y lo convierte en un arma para luchar contra el sistema patriarcal. Esta mujer calla menos y forja más. ¿Irreverente, réproba o hereje? Sí, para una sociedad diseñada sobre los cimientos de un hábitus patriarcal, el cual se multiplica en los discursos prediseñados de las mujeres y de los hombres, que se comunican y se intercambian. La nueva mujer (la de la emancipación femenina) era considerada un peligro para la estabilidad de las instituciones. Y con razón, pues el origen de la ruptura es una mortaja: por debajo de los discursos que normalizan y regulan comportamientos, discurre un río semántico, una palabra no evidente, que cuando emerge sorprende y cuestiona la práctica.

El concepto de *hábitus* es desarrollado por Pierre Bourdieu, entendido como los esquemas de percepción, acción, pensamiento, incorporados por los agentes sociales, los cuales son producto de estructuras sociales internalizadas. Ya veremos cómo este concepto se puede aplicar para comprender el proceder de la mujer en un sistema falocéntrico, más explícitamente con base en la dicotomía hombre/mujer, que oculta un afán por la pervivencia del sistema. Es preciso resaltar que Bourdieu (2000: 92) se ocupa de examinar estos hábitus “*sin ser producto de la acción organizadora de un director de orquesta*” (¿un sistema de dominación?), volviéndolos sólo producto de la historia. Para el feminismo, la historia encarnada en sus actores, mujeres y hombres, dará lugar una tradición opresora de los últimos frente a las primeras, que será incorporada, naturalizada y, en el peor de los casos, olvidada por todos.

¡Por fin la emancipación femenina!

Sincera y traslúcida, la mujer agitada de los años sesenta, ya proponía un discurso rebelde y entusiasta, descreído del orden patriarcal que durante muchos años había regido su decir, preconizando en ella el silencio hacia el afuera, mientras adentro se albergaba un escándalo interior. Mejor era callar antes que no ser oída o ser censurada. Y no cesa la lucha contra este orden, pero la mujer que se nos presenta en *La Brecha* es precursora de la emancipación: ella logra reventar las amarras de la palabra, después de un breve mutismo desolador el matrimonio, trascendiendo hacia el deseo que había mantenido agazapado, buscando la transformación revolucionaria de su realidad social –allí donde ha sido configurada como ente pasivo y receptor-, proponiéndose activa productora y emisora, de un discurso del que ya puede apropiarse. En ese proceso, la mujer tropezó con su expresión franca, dormida durante siglos. El cambio supone una transformación de la realidad a través de la mirada libertadora y abierta de una mujer, que delinea el horizonte prometiendo andarlo sola.

La mujer de *La Brecha*, quien se recuesta en el marco de la ventana y pone entre sus manos los barrotes, ya no es la misma representada por la literatura del siglo XIX, pues esta no tiene la convicción de esperar a ser rescatada. La mujer del siglo XX mira hacia fuera urdiendo el plan para salir. En su corazón crece el descontento por lo que la sociedad le ha exigido ser. Mira a su madre, quien ya había librado la primera lucha: una viuda que trabaja para sostener a sus hijos; mira a su abuela, blanqueando manteles, hirviendo en la tierra que los hijos despedazaron a su muerte; mira a la suegra coronada con el manto de la Virgen

María después su Primera Comunión y a quien le fue otorgada la dulce tarea de parir y parió un hombre y por fin pudo tramarse en él. Esta mirada retrospectiva, asienta la melancolía de la mujer y sus ansias por tomar la iniciativa de un cambio de vida. La utopía de forjarse una nueva existencia y el fastidio por un sistema que ha acorralado su expresión, son los motores de esa emancipación de la mujer en los años sesenta.

Desde 1789, y a paso lento, se fueron dando las condiciones políticas, sociales, económicas y culturales para que las mujeres empezaran, tímidamente, a tomar protagonismo en el escenario público. Desde el enciclopedismo, las *salonnieres*¹ promovieron espacios de discusión sobre arte y política, donde dejaron claro que la formación en la cultura de la Ilustración no era exclusiva de los varones, haciendo aportes a los movimientos sociales y literarios de la época.

La gran contradicción de la Modernidad se hizo evidente desde la Revolución Francesa, que ponderaba ideales de igualdad, libertad y derechos para el hombre y el ciudadano, pero no consideraba el conjunto de la humanidad. Entonces se excluía a la mujer de la sociedad civil, del trabajo y del acceso a la educación, circunscribiéndola a lo doméstico y a la subordinación legal al varón. Jean Antonine Condorcet fue un filósofo francés que, en los tiempos de la revolución, advirtió a la comunidad de hombres sobre el hábito y la naturalización de la exclusión a la mujer, como ser sujeto de derechos y libertades. Las costumbres dominantes refutaban la naturaleza misma de los ideales revolucionarios:

¹ Mujeres anfitrionas, moderadoras y oradoras de los salones, como espacios semipúblicos de discusión entre los siglos XVII y XVIII, en París, Londres y Berlín.

¿Puede existir una prueba más evidente del poder que crea el hábito incluso cerca de los hombres eruditos, que el de ver invocar el principio de la igualdad de derechos [...] y de olvidarlo con respecto a doce millones de mujeres? (Duhet, 1974: 56).

En 1791 grupos de mujeres, representadas por Olympe de Gouges, se manifestaron ante la sociedad patriarcal, a través de la llamada “Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadanía”, que se complementaría un año después en el libro *Vindicación de los derechos de la mujer*, escrito por la inglesa Mary Wollstonecraft. En este último libro la autora argumenta que las diferencias entre los hombres y las mujeres no son naturales y se originan básicamente en relaciones de poder, fomentadas por varones que han excluido históricamente a las mujeres de los ámbitos de la educación. Considerada la precursora del feminismo, Mary W. advertía también sobre la importancia de identificar los hábitos que configuran el comportamiento de la mujer en la sociedad y la hacen sujeto de discriminación por la carencia de una educación apropiada:

Si el matrimonio es la base de la sociedad, toda la humanidad debiera educarse siguiendo el mismo modelo, o si no, la relación entre los sexos nunca merecerá el nombre de compañerismo, ni las mujeres desempeñarán los deberes peculiares de su sexo hasta que no se conviertan en ciudadanas ilustradas, libres y capaces de ganar su propia subsistencia, e independientes de los hombres. [...] Es más, el matrimonio no se considerará nunca sagrado hasta que las

mujeres, educándose junto con los hombres, no estén preparadas para ser sus compañeras, en lugar de ser únicamente sus amantes.

Estos antecedentes son importantes para la consolidación de los movimientos de sufragistas y que surgieron a raíz de esta coyuntura, cuyo objetivo principal fue obtener el derecho al voto, rompieron grandes brechas y dispusieron el terreno para los futuros movimientos feministas posteriores.

La revolución feminista implica un principio transformador de la realidad. Por ello, después del sufragismo se hacía urgente profundizar en los cambios, pues no era suficiente el derecho al voto, y al trabajo (este último más que derecho fue una necesidad, fruto de la partida de los hombres hacia la Primera Guerra Mundial).

El primer feminismo, llamado feminismo liberal, fue planteado por Betty Friedan, mujer estadounidense, que fundó la Organización Nacional para las mujeres. La perspectiva de este movimiento ponía de relieve el tema de la desigualdad de la mujer y su exclusión en lo público y en el mercado laboral. No obstante, la agitación política de los años sesenta promovió nuevas inquietudes en torno a un sistema universalista, excluyente de las diferencias: el feminismo entró activamente, como movimiento emancipador que respondía con su discurso contracultural a la visibilización de nuevas formas de vivir y de sentir, donde también se ubicaban los pacifistas y antirracistas.

Este feminismo radical también tuvo su escisión, cuando se establecieron diferencias entre las feministas que se consideraban parte vital del proyecto de la izquierda, sirviendo ideológicamente a esos intereses, a las que se llamó “feministas políticas” y las feministas

“a secas”, quienes consideraban que la izquierda era un régimen de dominación donde los beneficiarios eran sólo los varones:

Mientras las más feministas pugnaban por hacer entender a las políticas que la opresión de las mujeres no es solamente una simple consecuencia del sistema, sino un sistema específico de dominación en que la mujer es definida en términos de varón, las políticas no podían dejar de ver a los varones como víctimas del sistema y de enfatizar el no enfrentamiento con estos.

Mercedes Valdivieso, autora de la novela *La Brecha*, ubica a su protagonista en ese período de la revolución femenina, donde convulsionan los cimientos patriarcales y se pone en juego su capital simbólico acopiado por siglos de subordinación. La mujer de la novela no se presenta como feminista, son sus acciones en defensa de su sexo, su individualidad, su cuerpo y su libertad las que le abren una brecha a la estructura. Ella está instalada en las inquietudes emancipatorias del feminismo; ella participa de esas estrategias incisiones que las mujeres, en su descontento por el papel impuesto, provocan a las instituciones, mujeres muy conscientes de la opresión; ella ha descorrido el velo que le impedía ver la realidad, impulsada por las voces que, desde atrás, le han gritado las mujeres de otros tiempos, desde Safo, las *salonnières* y las sufragistas, hasta las mujeres que se reunieron para quemar corsés en las calles en los años sesenta, como acto simbólico contra la sujeción.

Tres momentos en *La Brecha*

Primer momento: La problematización del hábitus

Estancias habituales de las mujeres han sido la cocina, la sala de bordado, el recodo de la habitación donde se han sentado a escribir cartas de amor; esos cautiverios del alma y del cuerpo que le tienden cadenas a la palabra y que tal vez algún día fueron cediendo sus amarras, cuando la melancolía se convirtió en rabia, cuando suficientes huellas habían pisado el mismo camino en silencio.

Precisamente desde allí, enredada en sus recuerdos, la protagonista de *La Brecha* empieza a configurar su discurso. Instalada en la institución del “matrimonio para toda la vida”, esta mujer nos lleva hasta su pasado rebosada de ironía, dando golpes encarnados a su destino prescrito, con un lenguaje sarcástico que penetra en la institución más cara a la sociedad: la familia, núcleo de la sociedad.

Desilusionada, ella dice: “*Me casé como todo el mundo se casa*”.

En esta frase se manifiesta el síndrome del cambio, sentimos el fastidio de María Eugenia (protagonista de la novela *Ifigenia* de Teresa de la Parra) y el luto de Ana María (protagonista de la novela *La Amortajada* de María Luisa Bombal). No es feliz esta mujer que se ha casado, dos normas, que son una, la han llevado al altar: primero la de guardar la castidad y después la de no perder la virginidad sin recibir la bendición. Es tan largo el dedo acusador de la sociedad que bien podría lastimar la pureza de la niña.

Otra frase llama la atención en este juego de discursos del deber:

Antes de los veinticinco debía adquirir un hombre –sine qua non– que velara por mí, me vistiera, fuera ambicioso y del que se esperara, al cabo de cierto tiempo una buena posición: la mejor posible.

De ese discurso, la frase “*adquirir un hombre*” resuena en la memoria y recuerda a las ancestras que eran escogidas por el varón, dada su dote, como la vemos claramente en la novela *Sab* de Gertrudis de Avellaneda, donde la joven Carlota goza, aparentemente, de una gran fortuna, que posiblemente sacará de la ruina a su prometido Enrique y al padre de este. La significación de la palabra “adquirir” tiene sólidas referencias con el acto de compra, con los avatares del comercio, donde se negocia un buen precio y se pretende tomar alguna ventaja, a través de lo adquirido. Podría comprenderse que se empieza a abrir la brecha cuando esa mujer, impregnada del pasado de frustraciones de su abuela y de su madre, asume el matrimonio, no como el cuento de hadas soñado, sino como un papel, casi una obligación, a la que por lo menos le debía sacar un provecho material. Cuando la protagonista de *La Brecha* queda en embarazo y ella analiza la diferencia entre la maternidad suya y la de su madre, con una frase nos reafirma la dominancia de los sentidos inmanentes en los discursos patriarcales, repetidos por tantas mujeres que, aunque no están convencidas de lo que dicen, los siguen expresando con la voz temblorosa: “*pero ¿qué otra cosa me quedaba?*”.

Esos discursos que ha tejido marcas en la memoria y en el cuerpo de las mujeres, incorporándoles un “miedo ancestral” a ser autónomas, a estar solas, “a dar el salto sin saber en donde”, como lo manifiesta la protagonista cuando está al filo de la separación,

nos remito al escenario de la educación sentimental femenina. ¿Quién pronunció primero el discurso origen de nuestras significaciones?:

Alrededor de nosotros existen bastantes discursos que circulan sin que su sentido o su eficacia tengan que venir avalados por un autor al cual se les atribuiría: por ejemplo, conversaciones cotidianas, inmediatamente olvidadas (Foucault, 1992: 2).

La experiencia práctica de las ancestras y sus discursos han tenido un doble movimiento: por un lado han reproducido, a partir de sus estructuras cognitivas y en la acción de sus cuerpos y de su palabra normalizada, un mundo prediseñado falocéntricamente. El personaje de la suegra, en la novela, ejerce este papel policivo, con todo el poder que le da ser el símbolo mismo de la subyugación patriarcal y portar en su cuerpo todos los significados que la estructura que le dan continuidad. Constantemente desilusionada por el peligro que personificaba la esposa de su hijo, mujer que no iba a misa, no quería tener más hijos y para ello planificaba, la suegra reacciona con el rechazo y el intento de persuasión. Frente a la “excentricidad” de la protagonista, cuando decide dedicarse por un tiempo a ser actriz de teatro, trata de llamarla al orden: “*Mi suegra, con lágrimas en los ojos, recorrió todas las escalas que van de este mundo al otro para disuadirme en entretención tan peligrosa*”.

De otro lado, se han generado otro tipo de encuentros entre mujeres, no normalizados (donde también participan las hijas), en los que fluía la melancolía (frustraciones y penas compartidas, secretos), y fueron construyendo todo un imaginario dual en las nuevas generaciones: en

la memoria de las jóvenes quedaban impresas las huellas de mujeres que en su interior anhelaban otra vida, pero que, sintiéndose incapaces, se sometían al afuera, al mundo del hombre y del marido. Prevalecía la historia y las mujeres actuaban consecuentes con la dominación a la luz de los hombres:

Producto de la historia, el hábitus produce prácticas individuales y colectivas, produce pues historia, conforme a los principios engendrados por la historia, asegura la presencia activa de las experiencias pasadas que, depositadas en cada organismo bajo la forma de principios de percepción, pensamiento y acción, tienden con mayor seguridad que todas las reglas formales y normas explícitas a garantizar la conformidad de las prácticas y su constancia a través del tiempo (Bourdieu, 2007: 95).

El icono de la Virgen María y el papel moralizante de la Iglesia, ejecutan una labor principal para el sostenimiento del capital simbólico que la sociedad ha requerido, con el fin de que sus mujeres cumplan con una ley y unas necesidades aprendidas. En la práctica estas acciones constituyen prenda de garantía de la estabilidad del sistema, debido a las disposiciones interiorizadas por las mujeres, que se objetivan en un exterior no deliberativo de la acción homogénea. La mujer de *La Brecha* y las mujeres que representa tienen todo un pasado de pequeños logros para empezar a problematizar su situación de género. Por ello, la lectura del libro *El Paraíso Perdido* de Milton le proporciona a la protagonista una oportunidad para que el discurso de la emancipación discurra desde su ser interior, con una mirada crítica:

Tirarse al suelo. Unos para conseguir la vida eterna, todos haciendo concesiones a la familia, al vivir diario, al pensamiento.

La operación de casarse, construir familia, tener hijos, constituyen para la mujer hábitos incorporados, que aún en nuestros días, ni siquiera algunas jóvenes ponen en cuestionamiento. La tarea bien hecha consiste en reactivar a la institución, repitiendo la práctica que han repetido tantas mujeres por generaciones, con sus actos de donación, de entrega de sí, con sus silencios:

Los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia producen hábitos, sistemas de disposiciones duraderas y transferibles. [...] Principios organizadores y generadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin (Bourdieu, 2007: 92).

La lucha comienza en la problematización del hábitus, cuando no es asumido por la mujer de una forma natural e inconsciente, como en el pasado y es puesta en discusión su sensatez. En cada acción automatizada e incorporada del sujeto hay un sentido vital, que procura la permanencia del sistema patriarcal, sentido que se va oscureciendo, desdibujando, ante los ojos del ser actúa sin una precisa conciencia con respecto al servicio que proporciona su acción:

Lo que hacen los agentes tiene más sentido del que saben, porque nunca saben por completo lo que hacen (Bourdieu, 2007: 118).

El trabajo de adoctrinamiento de la mujer tuvo como consecuencia años de subyugación a raíz del posicionamiento de un discurso hegemónico patriarcal: *“Eres mujer y aprenderás a zurcir y a estar quieta; nadie querrá que a los diez días de casada te devuelvan por inútil”*.

¿Cómo discutir con esa abuela henchida del sentido práctico del cuerpo femenino incrustado en la sociedad? Ella tiene incorporadas las cosas que hay por hacer y por no hacer, las cosas que hay por decir y las cosas que hay por callar. La protagonista de *La Brecha* guarda silencio y en su silencio se adoctrina a sí misma para continuar calando la brecha. En respuesta al discurso de la abuela, ella delibera en su intimidad: *“(¿Cuál será la diferencia? ¿Por qué no se morirá... Cuando sea grande no tomaré jamás un calcetín)”*.

En otra ocasión ese grito ahogado manifiesta la posibilidad de no ser más, entre tanto silencio: *“Era bueno no pensar, estar evadida de la sensación física; coordiné un pensamiento: no ser”*.

El procedimiento discursivo, en voz baja, donde la protagonista subvierte el sentido práctico de la sociedad y va encontrando el camino para desincorporar el hábitus, es una constante de esta primera parte de la novela. La mujer cumple con todos los ritos que exigen los sistemas de restricción en su complejidad: el matrimonio y tener hijos son dos que ya hemos valorado como presupuestos de la vida de las mujeres. Sobresalen dos oportunidades en la novela, cuando ella reacciona a lo coactivo con la palabra interior, que la prepara para salir: en el ritual del matrimonio y al dar a luz su hijo dice: *“Esta es la única vez”* o *“Nunca más”*. El discurso interior hierve en su sangre y es la antesala a la ruptura.

Dentro de la mujer de *La Brecha* un río interior fluye, va cuarteando el caparazón del cautiverio. Mientras tanto, va dilucidando la estrategia creativa para romper y hacer brecha totalmente y volverse agua y manar por fuera del cauce. Durante una discusión con Gastón, cuando él le echa en cara que la mantiene y paga sus gastos, la mujer empieza a mostrar los ases que lleva bajo la manga y dice: “*Si se trata de compensaciones en dinero... puedo trabajar*”.

Ante semejante insolencia de la esposa, muy enfático, él responde: “*Jamás aceptaré que lo hagas, no digas tonterías*”. Comenzaban a estremecerse los cimientos de la institución. Pero ella no podía renunciar a pensar. Entonces ya era tiempo de actuar, tiempo de la ruptura: “*¡Qué duro era romper!*”.

Segundo momento: la ruptura

La protagonista de *La Brecha* nos había dado indicios de lo que estaba por venir: la ruptura. En un altercado con su marido ella aprovechaba para anticiparle su deseo de ser libre. El discurso femenino agazapado durante generaciones, el miedo ancestral, se derrumbaba ante esta frase: “*Estoy hablando de separarnos*”.

Él no lo puede creer. Que una mujer abandone el nido patriarcal constituye una herejía, una negación de la ley. Si alguien abandona el hogar es el hombre; la mujer que se va de casa es una mala mujer... El hombre suplanta al padre, pretende ser ese “*Padre árbol, padre roble, padre carne*”. Hay que agradecerle por ese favor que él le hace a la mujer al ubicarla en la sociedad, dándole estatus de mujer casada, o sea de mujer respetable.

Empieza el juego del poder en los discursos del hombre y la mujer. El de ella remueve la estructura

de la institución: propone derrumbar la gran mole de principios que históricamente han definido al colectivo familiar; el discurso de él participa en la historia de las instituciones e impone su lógica:

La pertenencia doctrinal pone en cuestión a la vez el enunciado y al sujeto que habla, y al uno a través del otro. Cuestiona al sujeto que habla a través y a partir del enunciado, como lo prueban los procedimientos de exclusión y los mecanismos de rechazo que entran en juego cuando el sujeto que habla ha formulado uno o varios enunciados inasimilables (Foucault, 1992: 44).

Era de esperarse: el marido replica, con todo el peso de la institución: “¿Supones que yo aceptaré haber fracasado en mi matrimonio?”. Y luego promete imponerse con la violencia, avalada por la misma institución ante cualquier rasgo de libertad reflexiva de la mujer: “Seguiremos juntos aunque sea necesario darte de bofetadas”.

Por el momento ella calla y aprieta los dientes. La rabia catapultó su discurso a esa ruptura que había aplazado. No iría a correr hasta los brazos del amante, quería una nueva vida junto a su hijo, “no un traspaso” y empieza la desincorporación del hábitus femenino, segura de que “aquello era asunto mío, exclusivamente mío”.

Otra discusión importante, donde se pone en juego el discurso hegemónico del hombre frente al discurso emancipador de la mujer, que advierte la ruptura con la institución, se da cuando la protagonista manifiesta su decisión de separarse, con todas las consecuencias que eso podía traer para su vida. Vuelve entonces a rondar la idea del sacrilegio, pues ella descrea del sentido de

ese juego matrimonial impuesto. Ella le dice con su conciencia aguda y el espíritu crítico del hereje: *“No respeto lo que tu respetas; tu fórmula matrimonial es una garra, es dominio, es lo que estoy viendo a diario en todas partes y no me gusta”*.

La ortodoxia de la existencia incorporada del marido en el sistema patriarcal, sucumbe ante la afirmación de tal descreimiento:

La doctrina cuestiona los enunciados a partir de los sujetos que hablan, en la medida en que la doctrina vale siempre como el signo, la manifestación y el instrumento de una adhesión propia. [...] La doctrina vincula a los individuos a ciertos tipos de enunciación y como consecuencia les prohíbe cualquier otro (Foucault, 1992: 44).

De allí que al marido no le queda más opción que responder a la blasfemia de la mujer, con los argumentos conformes a la estructura histórica de la institución: *“Empiezo por decirte que nunca obtendrás una nulidad de mi parte; no te reirás de mí, feliz y casada con otro hombre”*.

El acto simbólico de abandonar el hogar, dejar el marido, conseguirse un nuevo espacio para vivir y forjarse una vida autónoma son acciones de protesta en contra del sistema establecido. Acciones de resistencia, analizados por Michel Foucault en su libro *Genealogía del racismo* y que son explicadas de la siguiente manera:

Las luchas contra el poder, según este autor, son inmediatas ya que cuestionan las instancias de poder que estén actuando en ese momento;

afirman el derecho a la diferencia; se oponen a los privilegios del poder/saber y rechazan todo sistema económico e ideológico.

La resistencia implica constancia, fortaleza, comunicación e intercambios simbólicos entre mujeres. Dado el primer paso, ya no se puede dar marcha atrás. Hay que aguantar los dolores por venir. Nicolás lo dice en la novela: al que retrocede le arrancan los ojos... “*Cuesta sangre romper, levantar la cabeza*”.

La protagonista de *La Brecha* consigue su habitación propia y con este hecho le abre un camino enorme a todas las mujeres que desean romper con la institución familiar y tener una opción de vida diferente. Seguramente la harán sentir culpable y sucia; ha quedado expulsada, relegada de todo reconocimiento social. En adelante no será la esposa, la señora de su casa, sino que la verán como la “mala mujer”. La soledad no se hace esperar: los amigos y la madre llegan a llenar algunos espacios vacíos, pero finalmente se van y queda ella sola consigo misma, pensando en ella, como nunca lo había podido hacer. La satisfacción que queda es inmensa: su acto simbólico ha abierto una brecha que desestabiliza la estructura ideológica opresora de la mujer. Es el momento de la limpieza, de la renovación. En medio de la dicha por la batalla ganada, habrá que preguntarse si todo aquello es realidad o sueño, habrá que asumir un nuevo papel y reparar las alas rotas, para lanzarse al vuelo:

Empezaba a ensancharse la retina como si me quitaran vendajes de mucho tiempo sobre los párpados. El sol era más amarillo y brillante, más alegre; algunos árboles brotaban rosados y blancos.

Tercer momento: el cautiverio perenne

El hábitus es una cárcel, que se disfraza de ventana al viento. No conocemos los alcances de la libertad condicional que ofrece el hábitus, ni siquiera sabemos el precio que pagamos por la absoluta ignorancia frente a sus preceptos, ni que estamos encadenados mientras corremos camino al trabajo o en la más simple conversación. Los esfuerzos de la mujer por lograr su autonomía, por acceder a la educación, a la vida laboral, la lucha por romper con las estructuras institucionales que determinan su sexualidad y proponen políticas invasivas a su cuerpo, no han derrumbado el cautiverio. He aquí que parece imposible escapar de la historia y del cuerpo. El cuerpo es el cautiverio de la mujer, el agente del hábitus, el receptáculo de la convención. El cicatrizado, el cuerpo revestido, el cuerpo que ha incorporado, no es un cuerpo libre. El sistema patriarcal es una estructura tan fuerte que pasarán muchos años antes de que nazcan cuerpos de mujeres, desincorporados de su discurso dominante, de su accionar. El juego de oposiciones en el discurso del cuerpo de la mujer y el hombre, despliega los valores en una dualidad del dominante y el dominado:

Podríamos, parafraseando a Proust, decir que las piernas, los brazos están llenos de imperativos adormecidos. [...] La oposición entre lo masculino y lo femenino se realiza en la manera de mantenerse, de llevar el cuerpo, de comportarse, bajo la forma de oposición entre lo recto y lo curvo (lo curvado), entre la firmeza, la rectitud, la franqueza (que mira a la cara y hace frente y que lanza su mirada o sus golpes directamente al objetivo) y, de otro lado, la contención, la reserva, la flexibilidad (Bourdieu, 2007: 119).

Aprender a hacer un nuevo cuerpo y una nueva historia toma su tiempo y duele. La fortaleza de la protagonista de *La Brecha* no invade el profundo dolor de sus metamorfosis diarias. Todos los días debe parirse a sí misma y corromperse. Esto sucede en ese proceso de “desincorporación”, que es un deshacer el hábitus incorporado. Vivir sola, trabajar para mantenerse con su hijo, servirle de nuevo a la estructura patriarcal en cabeza de su jefe, son las prácticas que constriñen al cuerpo. Resulta imperativo en la lucha femenina desaprender los significados que controlan las instituciones en su cuerpo. Pero la hegemonía no perdona. La protagonista de la novela ha hecho su brecha, pero eso no ha sido suficiente. La ruta para desincorporar los discursos que han valorado a la mujer, ya han trazado un largo trecho de rupturas desde los años sesenta, no obstante hay que tener en cuenta que el cuerpo está codificado por la cultura y es necesario leer detenidamente sus preceptos para subvertirlos:

Calificar socialmente las propiedades y los movimientos del cuerpo es, a la vez, naturalizar las elecciones sociales más fundamentales y constituir el cuerpo con sus propiedades y sus desplazamientos, en operar un analógico que instaure toda suerte de equivalencias prácticas entre las diferentes divisiones del mundo social, divisiones entre los sexos, entre las clases de edad o entre las clases sociales (Bourdieu, 2007: 121).

Cada mujer debe ser reeducada en una nueva valoración de sí misma para acortar el terreno que aún falta por caminar. Bourdieu nos ayuda a ver que las relaciones de dominación están simbolizadas

en el cuerpo, incorporadas a su movimiento, a su configuración, como una marca que significa proporcionando un lenguaje corporal que atiende a los principios sociales:

La oposición entre los sexos puede también organizarse sobre la base de la oposición, intensamente utilizada en la injuria gestual o verbal, entre la parte delantera (del cuerpo), lugar de la diferencia sexual, y la trasera, sexualmente indiferenciada, potencialmente femenina, sumisa (Bourdieu, 2007: 123).

Por eso, aunque las puertas de la casa están abiertas, (ella sale todos los días a cumplir con la ley del padre, a hablar su discurso), sigue peleando con su voz y con su cuerpo por un espacio, por un tiempo, por un lenguaje que no atropelle su existencia femenina. La protagonista de *La Brecha* salió de la bóveda del matrimonio, como Carlota abandonó la burbuja de la casa paterna, para entrar en la estructura del trabajo, de la producción en serie y el capital. Carlota pasó al cautiverio del matrimonio con Enrique, Ana María quedó sepultada en su cuerpo amordazado y en sus recuerdos.

Al final, queda la sensación de que la mujer que abrió la brecha no ha salido del cautiverio. Tal vez el cautiverio perenne sea su cuerpo...

Pongo más leños al fuego y pienso que soy como un recluso que hizo saltar la cerradura de su calabozo y a quien, después de ciertas escaramuzas, le está permitido pasearse por la enorme cárcel, conversar con los presos en sus celdas y luego sentarse a esperar frente a la puerta. Porque es allí donde está la libertad.

Tal vez no sólo se requiera la acción hacia el afuera, el discurso de la resistencia, la acción trastocadota, tal vez haya que pensar más en esos símbolos que trazan la existencia de nuestro cuerpo, como discurso en el mundo y que dibujan barrotes en vez de alas.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre. *El sentido práctico*. Madrid: Siglo XXI, 2007.
- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets, 1992.
- Duhet, Paul Marie. *Las mujeres y la revolución*. Barcelona: Península, 1974.
- Valdivieso, Mercedes. *La brecha*. Pennsylvania: Latin American Literary Review Press, 1986.

